

Donación Gioconda Herrera
31 marzo 2004
Eje

**VARONES ADOLESCENTES:
GÉNERO, IDENTIDADES Y SEXUALIDADES
EN AMÉRICA LATINA**

**José Olavarría
(Editor)**

305.31
V434v
ej. 2

**Varones adolescentes:
género, identidades y sexualidades
en América Latina**

Las opiniones que se presentan en este trabajo, así como los análisis e interpretaciones que en él se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO ni de las instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

Esta publicación es uno de los resultados de las actividades desarrolladas, en el ámbito de la investigación y la difusión, por el Área de Estudios de Género de FLACSO-Chile. Estas actividades se realizan con el apoyo de diversas fundaciones, organismos internacionales, agencias de cooperación y gobiernos de la región y fuera de ella. Especial mención debemos hacer al apoyo de la Fundación Ford y UNFPA.

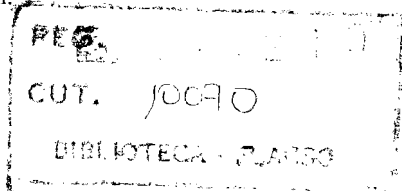
Ninguna parte de este libro/documento, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización de FLACSO.

612.6 Olavarría, José, ed.
O42 FLACSO-Chile; FNUAP; Red de Masculinidad/es
Varones adolescentes: género, identidades y
sexualidades en América Latina.
Santiago, Chile: FLACSO, 2003.
354 p. Serie Libros FLACSO
ISBN: 956-205-183-8

ADOLESCENTES / HOMBRES / SEXUALIDAD /
IDENTIDAD MASCULINA / ENFERMEDADES
DE TRANSMISIÓN SEXUAL / PATERNIDAD /
CONDUCTAS SEXUALES / CONFERENCIA /
AMÉRICA LATINA

Inscripción N°135.348, Prohibida su reproducción.

© 2003, FLACSO-Chile
Av. Dag Hammarskjöld 3269, Vitacura.
Teléfonos: (562) 290 0200 Fax: (562) 290 0263
Casilla Electrónica: flacso@flacso.cl
FLACSO-Chile en Internet: <http://www.flacso.cl>



© Fotografía portada: Imagen de la película "Te Amo. Made in Chile",
gentileza del director Sergio Castilla.

Producción editorial: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile
Diagramación interior: Marcela Contreras, FLACSO-Chile
Diseño de portada: Claudia Winther
Impresión: Salesianos S.A.

BIJOTECA - FLA - E

Fecha: 31-Mar-2004

Colección:

Proveedor:

Genj:

Donación: Giolonda Herrera

INDICE

Presentación 7

Introducción 9

CAPÍTULO I PROCESOS Y TENSIONES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES DE LOS VARONES ADOLESCENTES

¿En qué están los varones adolescentes? Aproximación a estudiantes
de enseñanza media
José Olavarria A. 15

Jóvenes rurales. Género y generación en un mundo cambiante
Benno De Keijzer y Gabriela Rodríguez 33

Adolescencia en la construcción de masculinidades contemporáneas
Robert W. Connell 53

CAPÍTULO II LOS GRUPOS DE PARES Y LAS IDENTIDADES MASCULINAS

Adolescencia y riesgo: reflexiones desde la antropología y los estudios de género
Norma Fuller 71

Adolescencia, masculinidad y violencia: el caso de los barristas del fútbol
Humberto Abarca 85

El grupo de pares en la construcción masculina de jóvenes de clases subalterna
Fernando Urrea Giraldo 97

CAPÍTULO III CUERPOS, DESEO, PLACER Y RELACIONES AMOROSAS

Orientaciones íntimas en las primeras experiencias sexuales y amorosas de los
jóvenes. Reflexiones a partir de algunos estudios de casos colombianos
Mara Viveros Vigoya 115

Cuerpos, deseos, placer y amor <i>Victor Jeleniewski Seidler</i>	127
---	-----

**CAPÍTULO IV
COMPORTAMIENTOS REPRODUCTIVOS Y PATERNIDAD
EN LOS ADOLESCENTES**

‘No sé decirle si quedó embarazada’: género, responsabilidad y autonomía entre jóvenes mexicanos <i>Ana Amuchástegui Herrera</i>	143
--	-----

Iniciación sexual y salud reproductiva entre adolescentes en Oaxaca de Juárez, México <i>Matthew C. Gutmann</i>	153
---	-----

Paternidades entre los jóvenes: la “evasión” como respuesta en crisis y la paternidad en soltería como respuesta emergente <i>Irma Palma</i>	165
--	-----

**CAPÍTULO V
BÚSQUEDAS, CONSUMO Y LÍMITES EN LA CONSTRUCCIÓN
DE LAS IDENTIDADES MASCULINAS**

La formación de hombres jóvenes “género equitativos”: Reflexiones de la investigación y desarrollo de programas en Río de Janeiro, Brasil <i>Gary Barker</i>	185
--	-----

La experiencia de violencia de género de los hombres jóvenes. Complejidad en la prevención y atención a la violencia de los hombres jóvenes en las escuelas <i>Roberto Octavio Gardas</i>	205
---	-----

La pornografía entre los jóvenes adolescentes <i>Enrique Moletto</i>	221
---	-----

**CAPÍTULO VI
BÚSQUEDAS Y EXPLORACIONES EN EL COMPORTAMIENTO SEXUAL,
ITS Y VIH/SIDA**

Dimensiones de la sexualidad: prácticas y representaciones de los jóvenes varones en Argentina <i>Ana Lía Kornblit</i>	235
--	-----

Tabú y profilaxis. La investigación social sobre las infecciones de transmisión sexual entre adolescentes varones en el Chile de los ‘90 <i>Gabriel Guajardo y Rodrigo Parrini</i>	247
--	-----

Salud sexual y juventud: algunas reflexiones sobre la prevención del VIH/SIDA en los jóvenes con prácticas homosexuales en Brasil <i>Felipe Ríos</i>	257
---	-----

GRUPOS DE TRABAJO

1. Educación sexual:	
- Propuesta gubernamental de sexualidad responsable. SERNAM, Chile. <i>M. Cristina Avilés</i>	271
- Programa Gente Joven MEXFAM, México. <i>Alfonso López Juárez</i>	279
2. VIH/SIDA y ITS:	
- Programa Prevención SIDA en Adolescentes. ABIA, Brasil. <i>Luis Felipe Ríos</i>	285
3. Paternidades adolescentes:	
- Proyecto PAPAÍ, Paternidad en la adolescencia. PAPAÍ, Brasil. <i>Jorge Lyra</i>	289
4. Violencia juvenil y drogas:	
- Proyecto Adolescencia, marginalidad y drogas. CONACE, Chile. <i>Fanny Pollarolo V.</i>	301
5. Educación, la escuela:	
- Proyecto Cultura de la Paz y escuelas. UNESCO, regional <i>María Luisa Jáuregui</i>	309
6. Derechos y ciudadanía:	
- Proyecto Adolescencia en América Latina y el Caribe. Orientaciones para la formulación de políticas. UNICEF, Buenos Aires. <i>Eleonor Faur</i>	315
- Proyecto Servicios para adolescentes: posibilidad para el ejercicio de sus derechos sexuales y reproductivos. PROFAMILIA, Colombia. <i>Marcela Sánchez B.</i>	327
CONCLUSIONES DE LOS GRUPOS DE TRABAJO	333

ADOLESCENCIA, MASCULINIDAD Y VIOLENCIA: EL CASO DE LOS BARRISTAS DEL FÚTBOL

Humberto Abarca¹

ADOLESCENCIAS

Como nos recuerda el antropólogo José Fernando Serrano (2002), juventud y adolescencia² son objetos que no escapan a la organización del saber/poder disciplinar y, en tal sentido, al significado político que tienen las categorías a partir de las cuales se les define, las que la mayor parte del tiempo nos hablan más del que nombra que de lo nombrado. Al respecto, el autor identifica dos motivos-fuerza a partir de los cuales los discursos sobre adolescencia y juventud han definido –y controlado– el fenómeno: la juventud es “lo mismo” y la juventud es “lo otro”.

En el primer caso, se define lo juvenil como un movimiento vital transitorio orientado al futuro, que antecede y se completa en el mundo adulto. Lo juvenil sería un momento de paso o tránsito a la vida adulta, que constituye el punto de llegada y el patrón de medida para definir la condición. Desde este punto de vista, juventud es turbulencia, desorden, crisis de identidad que terminará en la ansiada estabilidad que se logra en la vida adulta. Tal noción de la adolescencia se funda a inicios del siglo XX cuando G.S. Hall compara los ciclos vitales con la evolución de las civilizaciones y hace de la adolescencia el equivalente de la barbarie. Discurso –señala Serrano– construido en un momento en que la teoría de la evolución legitimaba los procesos colonialistas y justificaba el control de un mundo –el centro colonial y el tutor adulto– sobre el otro: las colonias bárbaras y el adolescente turbulento. Discurso dominante en esta tradición, la psicología del desarrollo sitúa la crisis de la adolescencia en los cambios biológicos y, con ello, naturaliza la condición juvenil, la deshistoriza y desculturaliza al tiempo que invisibiliza la condición de clase y las diferencias que de ella emanan.

En el segundo caso, se ejerce un intento por definir lo juvenil desde una especificidad que se considera lo otro, lo diferente. Desde intentos de diferente signo, se concibe a los adolescentes y jóvenes como constructores de un mundo con sus propios códigos con independencia del mundo adulto y de nociones tradicionales como clase social. En

¹ Sociólogo, en la actualidad se desempeña en un proyecto de investigación sobre jóvenes, sexualidad y reflexividad social en el Centro de Género y Cultura de la Facultad de Filosofía, Universidad de Chile.

² Para cumplir con los requerimientos temáticos de esta conferencia, nos concentramos en aquel grupo de edad que va entre los 10 y los 19 años de edad. Bajo esta precisión, nos permitiremos hablar indistintamente de adolescentes y jóvenes.

los últimos años, el modelo de las culturas juveniles constituye el paradigma en boga para comprender el fenómeno juvenil y orientar el diseño de políticas.

Identidades

Pareciera que la reflexión sobre las identidades adolescentes no escapa al conflicto entre esencialismo y constructivismo: sea en sus versiones biologicistas –la mencionada psicología del desarrollo– o sociopolíticas –conservadoras: la juventud despreocupada y/o revolucionarias: la juventud rebelde–, asistimos al intento de afirmar un discurso que reduce la condición juvenil a partir de algún vector con el objetivo de validar un cierto saber o programa disciplinar (y disciplinatorio).

Como contrapartida, al igual que en el caso de la categoría de género, se consolida una visión que concibe lo juvenil como una construcción sociohistóricamente construida y/o situada. Lo anterior es relevante, pues nos revela que el carácter sesgado de la concepción dominante sobre juventud acopla con el tema que nos convoca: un modelo de clase y sexo específico: clase media, sexo masculino. La historia de la adolescencia y la juventud va ligada con la instauración y hegemonía de cierto modelo de masculinidad. Es reconocida la importancia de las instituciones de moldeamiento de la identidad masculina como los boys scouts y la educación física (Serrano, op cit.).

Por otra parte, como nos recuerda Renée de la Torre (2002), la identidad contemporánea se construye tanto por *pertenencia* (como colectivo institucionalizado con matriz socioterritorial) como por *referencia* a marcos de producción y distribución simbólica global (nuevas tribus urbanas, estilos de vida influenciados por modelos de consumo, entre otras). De hecho, la propia noción de identidad tiende a ser reemplazada por la de *identificación*, remarcando el proceso activo y contextual en que una misma persona y/o comunidad organiza sus modos de concebir la relación con el mundo en un juego de determinaciones y elecciones. Para Ibáñez (1990), se trata de la articulación de la cadena vertical de las filiaciones y la trama horizontal de las afiliaciones. Los procesos de construcción de la identidad masculina adolescente no escapan a estas reglas del juego contemporáneas.

I. LA EXPERIENCIA DE LAS BARRAS BRAVAS DEL FÚTBOL

A partir de estas salvedades, desarrollamos algunas reflexiones sobre las masculinidades adolescentes con base en una experiencia de investigación realizada entre integrantes de lo que se ha dado en llamar ‘barras bravas’ del fútbol³. Los sujetos pertenecen al sector El Castillo, Comuna de La Pintana, asentamiento urbano popular surgido de un proceso de erradicaciones forzosas que cambió el paisaje urbano de Santiago de Chile durante la dictadura que dominó al país hasta finales de los ochenta.

³ El estudio del que se derivan estas reflexiones se denomina “El feo, el sucio y el malo. Un estudio exploratorio sobre masculinidad y violencia entre varones de dos barras del fútbol en Chile”, realizado junto a Mauricio Sepúlveda en el marco del Tercer Programa de Capacitación en Investigación sobre Derechos Reproductivos en Latinoamérica y el Caribe, Fundación Carlos Chagas, 2000.

1. Territorio, masculinidad y violencia

Los territorios donde habitan los jóvenes barristas provienen de un proceso de erradicación y radicación forzada, al cabo del cual el capital social acumulado durante años de permanencia en los espacios originarios se pierde y la convivencia entre los pobladores se degrada al punto de declararse una micro guerra civil donde la violencia entre grupos de varones pasa a ser la fuerza fundacional de un orden basado en la defensa de la territorialidad y en el temor que se es capaz de infundir. En este proceso, la violencia es mito fundacional y fuerza constructora de orden.

De esta forma, bajo condiciones como las existentes en el sector al momento de su fundación –deterioro del capital social y ausencia de un poder local de mediación– la violencia viene a ser un recurso fundante de identidad, en la medida que delinea las identidades (define quién pesa y cuánto) y, por lo mismo, establece un sistema de equilibrio disuasivo basado en su potencial de ejercicio. Al calor de este proceso, se instala un sistema de prestigio basado en una manera peculiar de resolver los conflictos –el ejercicio de la violencia– y un particular código de procedimiento –la ley del ‘más malo’–. Dicho sistema de prestigio da sentido a la identificación y al accionar de los grupos de varones.

Este proceso moldea las masculinidades del sector. La puesta en escena de las segundas y terceras generaciones de jóvenes varones, que han nacido o han desarrollado la mayor parte de su vida en el territorio de erradicación, marca el surgimiento de un proyecto de identidad colectiva que viene a suplir la memoria negada por la migración forzada afirmándose en la noción de ‘barrio bravo’, que invierte el estigma negativo atribuido al sector en potencialidad afirmativa como espacio de encuentro y referencia, particularmente masculina. El principio de predominio territorial es el eje ordenador del proceso y se traduce en una serie de prácticas de apropiación, control y defensa del territorio donde se realiza el habitar cotidiano. Tales conductas se expresan en la dinámica del ‘registrar’ referida por los sujetos: es una operación que, referida al dominio territorial, manifiesta un acto de presencia que afirma el derecho a dignidad y el deseo de respeto por parte de un grupo de varones.

La historia de la formación de El Castillo inscribe una enseñanza en la memoria colectiva que interpela especialmente la subjetividad de los varones adolescentes, principales destinatarios del mensaje: *cualquiera sea lo que se defina como ‘propio’, esto debe ser defendido*. La capacidad públicamente demostrada de un varón para actuar en consecuencia con esta demanda, es la principal fuente de su prestigio personal y grupal. En segundo lugar, la sinceridad de la devoción del varón por los valores que defiende se prueba públicamente en virtud de su *intensidad*, esto es, en la medida que reordena su biografía a partir de las prácticas y sentidos que debieran orientar el proceder de un varón ‘como corresponde’.

a) Territorio brígido⁴, varones brígidos

Asimismo, las identidades de género masculinas se imbrican con la identidad territorial: en este caso, el ‘cartel’ o imagen del territorio informa la vara con que habrá de medirse

⁴ ‘Brígido/a’: de temer, peligroso, que infunde temor.

a los varones provenientes de él: nosotros somos bravos. El estigma que persigue al territorio se traslada a los varones en la medida que se hace una marca de identidad que, por vía de una inversión ideológica, cambia a su favor el significado infame contenido en la noción de estigma reponiendo el significado original del término (del griego *stizo* ‘yo pico, muerdo’). Es una señal de agresividad y, bajo este contexto, de poderío. Estigma que gracias a la operación reivindicativa deviene de prontuario en currículum, y que gracias a la sobreexposición de los hechos delictivos en los medios masivos de comunicación, varía de cualidad local a prestigio nacional y, en esa medida, retroalimenta las expectativas sobre el accionar de un varón del sector.

Por su parte, la formación de las barras territoriales bajo una determinada identidad ‘de choque’ responde al despliegue de un proyecto de identidad local por parte de los jóvenes varones agrupados en ellas. El recurso a la identidad grupal de ‘piño de choque’ marca una solución de continuidad en la construcción del proyecto de identidad de estas agrupaciones en dos esferas diferentes –el barrio y el recinto deportivo–, brindándoles la posibilidad de desarrollar un sentido de congruencia con los valores que los constituyen. Entre ambas esferas, dominan el afán de afirmación y preeminencia, junto a cierta forma de administrar el poder y procesar el conflicto que denominaremos ‘juego de suma cero’, esto es, aquella relación de competencia donde lo que uno gana es la misma porción que el otro pierde. El discurso que articula la vivencia del barrista y su piño de choque al interior del estadio fluye de un ethos cuyo principio rector está representado por la categoría del ‘*aguante*’: un principio de plenitud, estoicismo y congruencia. Un principio cuyo total respeto constituye la fuente del prestigio del barrista.

Por otra parte, la experiencia o vivencia en el estadio se caracteriza por la opacidad de la experiencia en tanto esta huye o se resiste a toda descripción que posibilite la captura discursiva por fuera de la experiencia real. En este sentido se efectúa una operación de corte que ordena desde un lado a los sujetos de la experiencia y por otro lado, los sujetos que no participan de ella, distancia que no podría (o no se querría) ser suturada a través del relato o no podría ser traducible desde el discurso: es vivencia dicha como ‘no decible’. Esta operación de corte más allá de expresar la imposibilidad o la dificultad para socializar la experiencia, logra rendimiento en la productividad de los contornos de la identidad del grupo. Dicho de otro modo el barrista se constituye en y por una experiencia que se presenta como incomunicable y que, en los hechos, aparece como una operación que afirma el prestigio del grupo de barristas, a la vez que implica una convocatoria a la adhesión: *‘si no estás dentro, nunca sabrás lo grande que es’*.

b) *Un principio rector: la plenitud del aguante (‘cuanto peor, mejor’)*

Como ha sido señalado, existiría un principio aglutinador de la experiencia, que refiere a la ideología del aguante, definida como el arte de no escapar, de soportar lo que venga. La ideología del aguante alteriza el ideal de masculinidad del hincha e implica el despliegue de un sentimiento estoico ante la adversidad. En este sentido se extrema la identificación de la barra con la ideología del aguante toda vez que se afirma que un hincha sin aguante no es un hincha.

La ideología del aguante somete continuamente al hincha a su confrontación posibilitando su autoafirmación. El aguante no se puede “soltar” o “aflojar”, siempre se debe

estar allí, ofreciendo “todo”. En este sentido el aguante implica un ejercicio de sacrificio por parte del hincha, sacrificio no exento de dolor, que pone a prueba la resistencia masculina otorgándole un plus de honor. Del mismo modo somete a los hinchas al despliegue de todas sus habilidades y capacidades para sortear las variadas dificultades impuestas por las entidades de control o por las propias características selectivas del circuito comercial de la industria del espectáculo deportivo. Cual vocación religiosa, el aguante se prueba en la adversidad o ‘tentación de afloje’: cuando el equipo pierde y cuando el rival excede en número y/o las condiciones son adversas. “*En un campeonato en Viña del Mar cuando jugó el Colo, la U yo me fui preso todos los partidos (Risas), fueron ocho partidos, los ocho partidos preso, todos, todos, todos los partidos preso. De repente nos quedábamos durmiendo en la playa así poh*”. “*Ahí la sufríamos, al otro día la marea subía y el piño entero durmiendo en el agua, pasábamos cualquier frío*”. “*No estábamos ni ahí, todo por ir al estadio nomás*”. “*De repente teníamos que andar librando porque venían los pacos y salir corriendo y meta balazo detrás de nosotros (risas) y hasta que de repente nos encerraron y ahí quedábamos*”.

Desde un punto de vista etimológico, la palabra ‘aguante’ proviene de aguantar; y ésta, a su vez, del italiano *agguantare* ‘coger, empuñar’, ‘detener (una cuerda que se escurre)’, ‘resistir (una tempestad)’ y éste derivado de *quanto* ‘guante’, por alusión a los guanteletes de los guerreros medievales (una pieza de armadura con que se guarnecía la mano).

Desde un punto de vista existencial, ¿qué es el aguante sino el reemplazante humano de la fe? Es una actitud de resistencia a los embates de la vida. Una disposición a la entrega total, una actitud de sacrificio. Es una virtud del que arriesga y por tanto, deviene plenamente actor de una verdad. El aguante constituye el corazón de un microrrelato que se ofrece a los sujetos como una importante reserva de sentido.

El *aguante* es la expresión del *ethos* del barrista. Desde sus coordenadas éticas y estéticas, pertenecer al piño de choque aparece como una consecuencia natural. Más aún: es una oportunidad –la mejor, la única posible– para probarlo a plenitud. Parafraseando un texto memorable: tener aguante y no pertenecer al piño de choque es una contradicción casi biológica.

2. El guerrero en su ‘piño de choque’

En este marco, el conflicto opera como un proceso constitutivo de las grupalidades juveniles del sector y al mismo tiempo, provee una solución de continuidad entre la identidad barrial y la deportiva: las barras locales pasan a constituirse como ‘piños de choque’. Lo anterior nos sugiere que la violencia es un mecanismo que, al tiempo que ordena la topografía del poder local, aparece como un dispositivo crucial en la construcción de identidades grupales e individuales, que opera a través del doble movimiento constitutivo de *identidad* y *alteridad* señalado por Augé (1995). Aquí, la identidad aparece como una referencia geográfica (la adscripción a un territorio determinado) y sociocultural (la afirmación de una pertenencia a un equipo y un modelo de devoción al equipo); por su parte, la alteridad aparece como un reflejo negativo que permite desplazar lo abyecto y resolver un proyecto propio, que se construye por oposición. El concepto de alteridad nos recuerda que la identidad no es un resultado fijo y está en constante movimiento, en una constante *actuación* imbricada en la danza agonística que abraza a los enemigos,

constituyendo simultáneamente al ‘uno’ y al ‘otro’. En este empeño, *si no existe enemigo, habrá que inventarlo*. Para ciertos jóvenes del sector, ingresar a los grupos será acceder a un estado de guerra permanente y, por ende, a una identidad de guerrero.

En el transcurso de este proceso, la violencia contra el rival se instala –entre otras– como una práctica cotidiana que constituye la sociabilidad del grupo y está al centro del andamiaje que sostiene el sistema de prestigio, modelando las masculinidades: un varón es leal a lo suyo. Debemos notar que este sentido de belicosidad se observará, ante todo, entre los varones más jóvenes. La adhesión a las barras se origina en este recorrido complejo de identificaciones y constitución de alteridades, donde el sentido de la experiencia del barrista se configura alrededor de la noción de *intensidad o plenitud* implicadas en el *aguante*, que integra los diversos planos en los que se despliega la vivencia del barrista: amistad, aventura, pasión por el club y sus símbolos, lealtad hacia los suyos, odio por el rival, disposición a la acción directa, respeto por la ley de la jungla: *ni dar ni pedir tregua*.

Pertenecer a un grupo de choque es un posicionamiento sin retorno aparente en la medida que, como nos recuerda Clastres (1997), la maquinaria del prestigio empuja al guerrero en una huida hacia delante, alimentando su deseo de consecuencia y renombre. La adscripción al grupo de choque marca una solución de continuidad a la afirmación identitaria en el territorio, fundada en el potencial de ejercicio de la violencia: la pertenencia al ‘piño de choque’ inaugura una dialéctica bidireccional individuo-grupalidad que se manifiesta en sucesivos emplazamiento que el varón se hace a sí mismo y que éste devuelve hacia el grupo, recordándole al ‘piño de choque’ lo más genuino de su condición: ser una oportunidad que un grupo de varones se ofrece para probar su valor y su ‘aguante’. La adscripción a la barra y en particular al ‘piño de choque’ implican el ingreso a un estado de conflicto que se acepta –y se desea– en todas sus implicancias, especialmente las más difíciles, las que se perciben como más heroicas: aquellas donde se lleva todas las de perder. “*¿Desde cuándo están en la U? ...Tengo diez y ocho, estoy desde los catorce, cuando el Fantasma dijo ‘oye: ahí van los que le pegaron al otro’: éramos veinte contra ciento cincuenta*”.

3. Los semilleros y su conflictividad violenta

En los barristas de Colo Colo, la inclinación por la masividad se institucionaliza en la tradición del *semillero*, esto es, un sistema de estratificación social erigido en torno a la edad, a lazos familiares y de amistad con los miembros del grupo original (algunos de ellos son sus hermanos menores), que implica la creación de nuevas unidades que se desgajan de la barra mayor formando agregados que responden –eventualmente– a la convocatoria de la ‘nave madre’ o entidad mayor que las identifica. En el caso de los Peñis, existen diversas categorías: *Peñi Junior*, *Peñi Albo*, *Peñitos* (los de menor edad). En el caso de Los Suicidas, están los *Suiciditas*. Es lo que en el fútbol se denomina ‘divisiones inferiores’ y que no es más que una manera de ordenar la distribución del prestigio entre los varones de los diversos grupos, configurando una estructura piramidal que tiene al grupo original en el vértice. “*¿Piensas que va a terminar la violencia entre estos grupos? No sé...yo creo que si llegara a pasar, pa’uno va a pasar, pero siempre va a ir quedando, quedando todos los semilleros ... van a ir creciendo y van a querer estar*”.

Hay un sentido de trascendencia puesto en la creación de los semilleros: es la demanda –a veces expresada, a veces no– de mantener intacto el prestigio del grupo, lo que en otras palabras implica asumir la responsabilidad de dar continuidad a la lucha con el rival y sumar nuevas hazañas, dando forma a una saga circular en la que todos ‘van a querer estar’. Esta circularidad se fundaría en la inevitabilidad del conflicto y la agresión, que estarían arraigados en la mentalidad humana y particularmente en la ‘naturaleza’ de los varones. Es un derivado de la búsqueda de diferencia.

El hecho de tomar la referencia al grupo original para investirse de una identidad es un homenaje al prestigio ganado por los mayores y trasluce el vivo deseo de ‘hacerse un nombre’ a la altura y por los caminos de los fundadores del linaje. La relación de subordinación entre el grupo mayor con el semillero es variable y pasa por momentos de cercanía y distanciamiento. Otro rasgo destacable radica en la permanencia al interior del grupo constituido, esto es, no existe un ‘diseño de carrera’ o escalafón que permita –méritos mediante– integrarse al grupo originario: los sujetos que constituyen una nueva unidad permanecen en el tiempo y, aún cuando han crecido no abandonan el diminutivo que caracteriza sus nombres.

Como recuerda Clastres (op cit. 1997), los guerreros jóvenes o aspirantes son difíciles de controlar porque tienen un prestigio que ganar. Los nuevos grupos cambian el equilibrio del poder exigiendo su propio lugar en la estructura del prestigio local, por lo que deben recurrir a la violencia, que es –entre otros– un canal privilegiado para conseguir el objeto deseado: tener un ‘cartel’, un prestigio. En los hechos, la constitución de los semilleros constituye un lugar privilegiado para la socialización masculina en lo que a transmisión de un modelo se refiere. De modo explícito, a veces velado, observamos el funcionamiento del proceso que Santos (op cit 1999) denomina ‘emplazamiento de género’, mediante el cual un grupo de varones ‘iniciados’ advierte a un grupo de ‘novatos’ sobre el modo de comportamiento que hace honor al prestigio de los varones de un determinado sector. Esto puede hacerse por vía negativa –criticando su accionar pusilánime– o positiva –reafirmando conductas consideradas como válidas–.

4. Una causa de fondo: la lógica de la dominación

De acuerdo a los testimonios recogidos, la sucesión de peleas tiene su origen en la imposición de un nuevo estilo de gestión territorial: la idea de *zona alba*, que plantea un sentido de apropiación total del territorio y, en esa medida, no tolera la presencia del rival en un espacio que se considera como propio. Esta práctica, que denominaremos como ‘zona liberada’ inicia una sucesión de hostigamientos dirigidos al rival, que se manifiesta con particular virulencia en la constante intervención de sus murales, hecho que pone fin al pacto de no agresión concordado por los fundadores de las barras.

A nuestro juicio, un factor determinante del origen de la violencia entre las barras locales proviene del posicionamiento básico que las define en el juego de mayorías y minorías. Los antecedentes señalan una realidad: en El Castillo, la Garra Blanca en sus diferentes versiones locales es la barra que congrega la mayor cantidad de adherentes. En contrapartida, la barra local de Universidad de Chile es más selectiva en la captación de adherentes; su carácter de minoría belicosa pareciera ser su principal carta de presentación. En este marco, se entiende que el hostigamiento del rival proviene con mayor

frecuencia de los grupos *garreros*⁵, especialmente de los adherentes más jóvenes, que integran la provocación y agresión al rival en su repertorio de prácticas cotidianas de sociabilidad que recuerdan el estado de guerra permanente y el sentido de superioridad sobre el rival que deben dominar la convicción de un barrista y que demandan una constante actualización. Bajo la lógica de la dominación, el juego de mayoría y minoría deviene en una relación donde del lado del numerador, está la mayoría dominante y del lado del denominador, la minoría dominada. Esta relación se expresa en diferentes binomios –padres/hijos, padres/madres, varones/maricones, varón/mujer, aguantador/aflojador– que señalan lo mismo: una relación complementaria que se pretende fija, donde la esencia de uno está en gozar el ejercicio del poder y la esencia del otro está en sufrirlo⁶. Una relación donde el poder *suma cero*.

El discurso de la guerra y del guerrero, fundado en un modelo masculino que se construye en respuesta a un medio social dominado por la ley de la selva, se desactiva a partir de sus propios rasgos. Este hecho nos muestra dos características claves en la comprensión de la dinámica de las identidades de género: su carácter de construcción social y su flexibilidad en tanto modelo⁷. En el primer caso, se quiere sugerir que las masculinidades están sometidas al vaivén de la vida social en sus distintas esferas: economía, política, cultura, vida cotidiana, y que el varón, desde sus condicionantes parciales –etnia, clase, edad, nacionalidad– ha de realizar un trabajo de género para lograr cierta convergencia con el modelo dominante. El segundo caso deriva del anterior: la combinación entre condicionantes parciales y esferas generales produce múltiples versiones del mismo modelo, y, en virtud de ello, crea condiciones de plausibilidad que hacen habitables las biografías de los varones –aunque siempre estarán signadas por la demanda de ‘importancia’, esto es, por una cercanía con aquello que una comunidad defina como fuente de prestigio y poder social–.

En nuestro caso, la principal modulación del modelo-imagen masculino está determinada por el *tiempo* y consiste en la contraposición de las representaciones que dominan la imagen del varón joven y la del adulto entre los grupos en pugna: *guerrero/piño/leal* y *padre/individuo/responsable*, respectivamente. Se trata de dos versiones del mismo modelo, tan sólo mediadas por el paso del tiempo. Éstas, se conciben como asuntos de *edad*, esto es, como *etapas* por las que deberá transitar la vida de un varón que se pretende un hombre verdadero.

Si el sentido de la masculinidad juvenil popular estará dado por la congruencia, en el caso del varón adulto está signado por la responsabilidad en el cumplimiento de los roles que se le atribuyen (pareja, padre, proveedor). Si el guerrero es un revolucionario que mira a la muerte, el padre es un conservador que mira la vida; si el guerrero se *apiña* con otros para librar su batalla, el padre es un individuo autónomo, que resuelve por sí mismo la sobrevivencia del hogar y la propia. El guerrero se debe a la calle, el padre a la

⁵ Forma de llamar a los integrantes de la Garra Blanca, barra de Colo Colo.

⁶ De acuerdo al análisis del proyecto de dominación implicado en la *razón masculina*, emprendido por Jesús Ibáñez en su *Sociología de la Vida Cotidiana* (1997).

⁷ Esta noción clave para comprender la continuidad de modelo hegemónico –su flexibilidad– ha sido planteada por Marqués (1997).

esfera privada del hogar. El guerrero vive la guerra en un estado alienado, el padre *relata* la guerra, reflexivo. El padre es un guerrero que pasa a ‘reserva con instrucción’⁸.

II. ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

En el caso de los adolescentes integrantes de la barra brava, el modelo hegemónico de masculinidad permea diversos planos de su existencia.

En primer lugar, nuestros resultados nos recuerdan que el orden de las masculinidades es del orden del poder. Un poder que, bajo la lógica de la dominación ordena actualizar permanentemente el principio de predominio que se expresa en la lógica activo/ pasivo con que los grupos pugnan por inscribirse a sí mismo y a sus rivales.

Asimismo, el modelo hegemónico se expresa a través del juego de competencia, enfrentamiento y dominación en el que se sumen los grupos, donde el poder ‘suma cero’ en la medida que se aspira a un modelo de roles complementarios y fijos donde uno manda y el otro obedece; en segundo lugar, a través de la dinámica de reconocimiento e impugnación en la esfera pública bajo la cual se definen los valores al interior del sistema de prestigio masculino. Bajo este modelo, el honor o dignidad de un varón se expresará en su grado de perturbabilidad ante aquello que defina como una afrenta y su prestigio se demostrará en su capacidad de ejercicio de violencia simbólica o material, sea para brindar o restituir afrentas. Si pensamos el modelo masculino como una razón donde existe un numerador dominante y un numerador dominado, se entiende que aquellos que quieren cambiar el lugar del numerador, esto es, las minorías y los aspirantes sean, precisamente los más belicosos y conflictivos, respectivamente. Por último, será el propio modelo-imagen masculino el que, demostrando su adaptabilidad, proveerá las condiciones para un tránsito digno desde el guerrero hacia la figura del padre de familia. De allí, la violencia deviene una ‘etapa’ necesaria en la socialización de un varón. Esta imagen tiene la ventaja de señalar una posibilidad de término individual –el logro de la adultez social: trabajo y familia– y la desventaja de toda etapa: se le percibe como un ciclo a repetir en la medida que permanece como el único camino para ejercer una masculinidad digna entre cierto tipo de jóvenes populares urbanos.

Por otra parte, su estructura y organización expresa una cuestión paradójica. Al tiempo que en la organización de su membresía y liderazgo se juega en un principio horizontal –rizomático– como alternativa al modelo arborescente / jerárquico del poder tradicional, la influencia del modelo hegemónico de hipermasculinización sobre este principio democratizador obra a favor del mantenimiento de la violencia: los brotes del semillero o nuevos grupos se constituyen a partir de un principio de autonomía –demanda de la masculinidad local– que les lleva a desconocer cualquier principio de autoridad externa, cuestión que en los hechos impide el ordenamiento del conflicto. Asimismo, la gestión del prestigio promueve el recurso a la violencia como modalidad a partir de la cual los nuevos integrantes construyen su lugar en la comunidad.

⁸ Forma en la que se define en Chile a los sujetos que hicieron o postergaron definitivamente el servicio militar obligatorio.

En la vida de este tipo de grupalidades juveniles, se expresa de modo constante un sistema de autoobservación de la masculinidad, que opera condicionando la membrecía a la aprobación de pruebas de resistencia que son administradas por los miembros intermedios del grupo. Alrededor del juego de deberes y derechos que emanan del modelo imagen masculino, resuena lo que Pitt-Rivers diferencia como “honor posición” (adscrito) y “honor virtud” (adquirido). Este último será más precario como valor de virilidad: está más expuesto y, por lo mismo, debe ser constantemente actualizado.

Al tiempo que implica la aceptación de pruebas de fuerza y la aceptación del tono sádico de ciertas prácticas lúdicas de hostigamiento, este tipo de agrupamiento entre pares moviliza un conjunto de recursos de sobrevivencia, contención afectiva y reducción de daños. Mención especial requiere un lugar común a la hora de levantar un estereotipo de este tipo de jóvenes, esto es, su adhesión a una pauta abusiva de uso de sustancias. Al respecto, nuestras observaciones alejan las pautas de consumos de estos jóvenes respecto de toda imagen catastrofista sobre la adolescencia en riesgo: en sus interacciones, los distintos tipos de sustancias ocupan el lugar de objetos litúrgicos, mecanismos de ampliación de consciencia sea en el ritual del estadio o en la cotidianidad poblacional, objetos reveladores de problemas (en el caso del crack o pasta base de cocaína), acumulación de prestigio como en el caso del alcohol, mediadores de un sentido comunitario de sociabilidad.

Por último, debemos señalar que más allá del predominio de un discurso de equidad entre los barristas, se trata de agrupaciones eminentemente masculinas que se construyen –a diferencia de otras culturas juveniles como la rasta y la hip hop– sobre la base de cierta segregación femenina. En el peor de los casos, como meras extensiones del honor de un varón las mujeres representan objetos a proteger y/o satisfacer y, en el mejor, actúan como comparsas de una fiesta protagonizada por varones⁹.

Por otra parte, nos parece necesario reflexionar sobre la relación entre masculinidad y violencia al interior de estas grupalidades.

A nuestro juicio, debe cuestionarse la pertinencia que la *hipótesis compensatoria* sobre la violencia tiene comprender este tipo de fenómenos. Autores como Kaufman (1999) plantean que la violencia es un mecanismo para *suplir* o *compensar* el desequilibrio emocional derivado de las inseguridades propias del modelo hegemónico masculino, especialmente entre los jóvenes, *eternamente* inseguros sobre su condición masculina cuya la violencia requiere la búsqueda de un blanco que sea reconocido por su vulnerabilidad. A juicio nuestro, tal perspectiva resulta insuficiente para pensar la violencia entre varones, al menos la que se manifiesta entre los barristas: lejos de elegir un blanco más débil –que resulta aplicable a la explicación de la homofobia como expiación de lo abyecto–, la realidad de los barristas apunta precisamente en sentido contrario: la ideología del ‘aguante’ que rige el código del guerrero postula que ‘cuanto peor, mejor’, esto es, que la violencia y en general, la disposición estoica será más apreciada cuanto más poderoso sea el rival o la situación que se enfrenta. Si no se lleva las de perder, no es ‘aguante’ de verdad.

A juicio nuestro, la hipótesis de la violencia compensatoria que responde la impugnación del poder masculino merece ser problematizada desde otra perspectiva. Al res-

⁹ No podemos dejar de señalar una cuestión: está pendiente la investigación sobre la vivencia de mujeres que, como en el caso de las barristas del fútbol, se mueven en zonas eminentemente masculinas.

pecto, Josep-Vicent Marqués señala que la consigna básica que define el orden masculino es ‘*ser importante*’. Cualquiera sea la esfera donde el varón se desempeñe, deberá orientarse por la lógica de la excelencia, expresada como *importar* –atraer hacia sí, llevar hacia dentro– lo ‘sobresaliente, que excede la talla de otro’. Lo anterior sugiere que la noción de ‘importancia’ debe ser entendida como una *función* a llenar ‘en la mayor medida posible’ por el rasgo específico que cualifique el *ethos* de la masculinidad en un determinado contexto histórico y cultural. Aquí se manifiesta una de las claves del comportamiento de los varones: su identidad personal está íntimamente ligada a su identidad de género, esto es, su valor como persona aparece expresado en una unidad que podríamos llamar ‘*valor-varón*’ que, a su vez, estará definido contextualmente y cuya medida viene dada por su cercanía/lejanía respecto de la particular modulación del modelo hegemónico masculino que gobierne una comunidad.

La ‘importancia’ es un estandarte que se porta y cuya resonancia en la comunidad da origen a la segunda noción determinante, el *prestigio*, categoría que alude a un entramado de cualidades cuya propiedad debe ser demostrada y reconocida en la esfera pública¹⁰. Por definición, *el prestigio proviene de una operación de clausura*: su valor existe en la medida que se ha constituido en privilegio (‘ley privada’ o privado por ley). De esta forma, el proceso de construcción social del prestigio responde a la dinámica excluyente que caracteriza la consolidación de los estamentos, donde el rasgo o conjunto de rasgos que constituyen el ‘honor de status’ serán obligatorios para todo aquel que aspire a ser parte integrante del estamento o círculo. El honor social derivado de las estructuras de prestigio obedece a una estratificación que descansa sobre la usurpación y, en esa medida, produce diferencias y exclusiones, fundando un sentido de orgullo que se manifiesta como una mística masculina resumida a cabalidad en el lema del grupo juvenil “Mente Loca” de El Castillo: ‘*somos pocos, pero locos*’.

Lo expresado trae consecuencias para el acercamiento a los procesos de configuración de las identidades de género masculinas: frente a la propuesta esencialista y rígida de una identidad masculina que se expresa inmanente a lo largo del ciclo de vida, parece delinear-se una concepción de la identidad como *actuación*, en el sentido que estaría sujeta a la permanente actualización en los distintos referentes existenciales: ello permite que haya escenarios de confrontación y de solidaridad entre los grupos rivales y, al mismo tiempo, que se pueda transitar dignamente desde una identidad de ‘guerrero’ a la de ‘padre y jefe de familia’. Lo expuesto demuestra que, incluso en condiciones de hipermasculinización como las descritas, el modelo hegemónico provee salidas a los ciclos de violencia.

Lo recién expresado nos merece una última reflexión: no debemos obviar que los modelos hegemónicos presentan discontinuidades y, en diversos casos, francas superaciones. De hecho, en la medida que se construyen sobre la base de un acceso igualitario a estéticas y medios de expresividad, ciertas culturas juveniles representan una posibilidad de salida en este juego de hegemonías y contrahegemonías en el que se definen las identidades adolescentes –y que sugerimos, escapa a las categorías de edad–.

¹⁰ En sus orígenes, la noción de *prestigio* (‘ascendiente, influencia’) era entendida como ‘juego de manos’, ‘fascinación o ilusión con que se impresiona a uno’, ambas provenientes del latín *praestigium* ‘fantasmagoría, juegos de manos’. El vocablo anterior a *prestigioso* era ‘prestidigitador’.

Bibliografía

- Abarca, Humberto; Sepúlveda, Mauricio (2000) "El feo, el sucio y el malo. Un estudio exploratorio sobre masculinidad y violencia entre varones de dos barras del fútbol en Chile"; Tercer Programa de Capacitación en Investigación sobre Derechos Reproductivos en Latinoamérica y el Caribe, Fundación Carlos Chagas, Brasil.
- Augé, Marc (1995) *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Gedisa, Barcelona, España.
- Clastres, Pierre (1997) *Arqueología de la violencia: la guerra en la sociedad primitiva*. Gedisa, Barcelona, España.
- De la Torre, Renée (2002) "Crisis o revaloración de la identidad en la sociedad contemporánea". En *Revista Nómadas* N° 16, Abril 2002. Departamento de Investigaciones Universidad Central. Bogotá. Colombia.
- Ibáñez, Jesús (1990) Prólogo a la obra de Michel Maffesoli *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. ICARIA. Barcelona, España.
- Ibáñez, Jesús (1994) *Por una sociología de la vida cotidiana*. Siglo XXI Editores. Madrid, España.
- Kaufman, Michael (1999) "Las siete P's de la violencia de los hombres". Canadá.
- Marqués, Josep-Vicent (1997) "Varón y patriarcado". En: Valdés y Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres N° 24, ISIS/FLACSO-Chile, Santiago, Chile.
- Serrano, Fernando José (2002) "Ni lo mismo ni lo otro: La singularidad de lo juvenil". En *Revista Nómadas* N° 16, Abril 2002. Departamento de Investigaciones Universidad Central, Bogotá.